

INTRODUCCIÓN

Era un sábado de julio por la tarde. Yo iba en el camión rumbo a Chipilo admirando cómo el verdor de los campos de alfalfa se intensificaba conforme nos acercábamos al pueblo. Aunque no tuve tiempo de avisarle con anticipación, quise ir a platicar con un amigo que tiene una tienda de abarrotes en el centro. Este chipileño sesentón, de tez rósea y cabellera rubicunda, es nieto de los primeros inmigrantes italianos a la comunidad y se distingue por ser muy platicador. Cuando llegué había un grupo de señores del pueblo conversando con él en la tienda, mientras él despachaba a sus otros clientes ocasionales. Después de saludarlo amistosamente, le conté cuánto había disfrutado al admirar la frescura de los verdes campos chipileños en el camino. A eso él me respondió con orgullo: “Cuando llegaron nuestros abuelos, nuestros nonos, aquí no había nada, ¡nada hija! Ni a los otros pueblos les interesaban estos terrenos. Pero vinieron los de Chipilo y los desmontaron, hicieron, emparejaron. Desde entonces en Chipilo los campos siempre están verdes y trabajados”. Yo me quedé en silencio y lo miré con cierta admiración.

Los otros señores de pálidos rostros escucharon su comentario y se interesaron en la plática. Uno de ellos, sabiendo que yo quería conocer la historia de Chipilo, me dijo mientras atezaba su tupido bigote: “A nuestros nonos los trajo Díaz para eso, para trabajar, para que dieran algo estas tierras tepetatudas. Los chipileños venimos de la cultura del trabajo. Lo traemos desde nuestros antepasados, somos buenos para las vacas, para el campo. Y vivimos de manera civilizada, de manera limpia. O sea, no estamos peleados con la civilización”. “Eso es verdad” –replicó otro de los comparecientes- “Aquí no hay holgazanes, lo que se tiene es ganado a pulso, a base de puro esfuerzo. Tu vez los pueblitos de los alrededores, no es que no tengan nada, tienen más tierra que nosotros, pero les gusta vivir así, cómo te diré, no son emprendedores. ¿Tu crees que el gobierno mexicano hubiera invertido tanto dinero para traernos a estas tierras si no supiéramos nada, si no fuéramos un ejemplo?” Yo voltee a ver a mi

amigo, esperando no tener que dar ninguna contestación. Éste, con mirada reiterativa, añadió reposadamente: “Chipilo es como un arroz negro entre los blancos, la gente aquí es diferente a la de los alrededores. A nosotros no nos gusta estar quietos, buscamos por nuestra propia cuenta, sin que nos empuje nadie. En eso somos diferentes.”

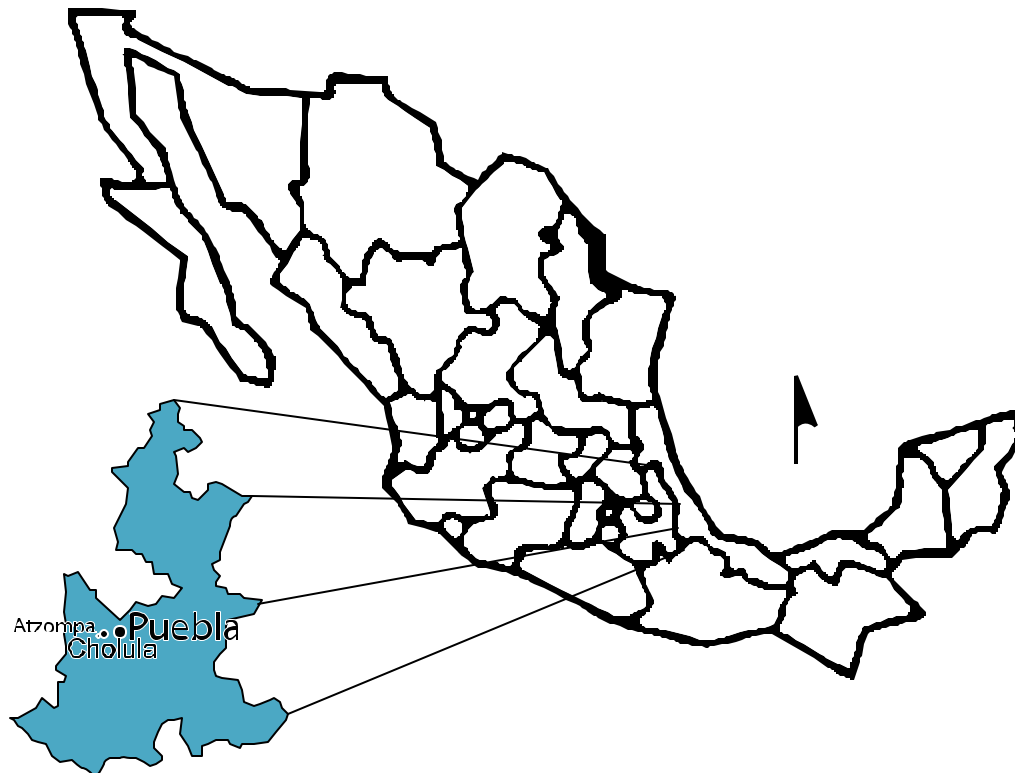


Figura 1. Ubicación de Puebla en México (modificado de la página <http://www.inegi.gob.mx>, bajada el 1 de mayo de 2005).

Chipilo surge como parte de los proyectos políticos agrarios, de corte racista y liberal, emprendidos por el estado mexicano decimonónico. Fue en 1882 cuando el gobierno trajo de Italia a un grupo de inmigrantes campesinos vénetos para poblar unas 600 hectáreas de tierra de las ex haciendas de San Diego Chipíloc y San Antonio Tenamxtla en el Distrito de Cholula, Puebla (Zago 1999:81, 28, 98). Estos colonos blancos, vistos por el estado como los estandartes del progreso y la modernización para el campo nacional, formarían el pueblo que actualmente conocemos como Chipilo, y que para sus habitantes es todavía esa “pequeña ciudad” cuyas callejuelas, casas y gente “transpiran un especial sabor europeo” (Zago 2002:3).

Hoy en día Chipilo está situado a aproximadamente a 12 kilómetros al suroeste de Puebla (Wössner 1999:25) y es una junta auxiliar del municipio de San Gregorio Atzompa (ver Figura 1), el cual cuenta con una superficie total de 13 km² (INEGI 2005). A una altura de 2,200 metros sobre el nivel del mar y con un clima semiseco y templado (Zago 1982:11), la comunidad se encuentra injertada entre los pueblos de historia colonial de Santa María Tonanzintla y San Luis Tehuiloyocan en el municipio de San Andrés Cholula; San Bernabé Temoxtitla y San Bernardino Chalchihuapan en el municipio de Santa Clara Ocoyucan; San Pablo Ahuatempan y Santa Isabel Cholula en el municipio de este mismo nombre; y la cabecera municipal de San Gregorio Atzompa (ver Figura 2).

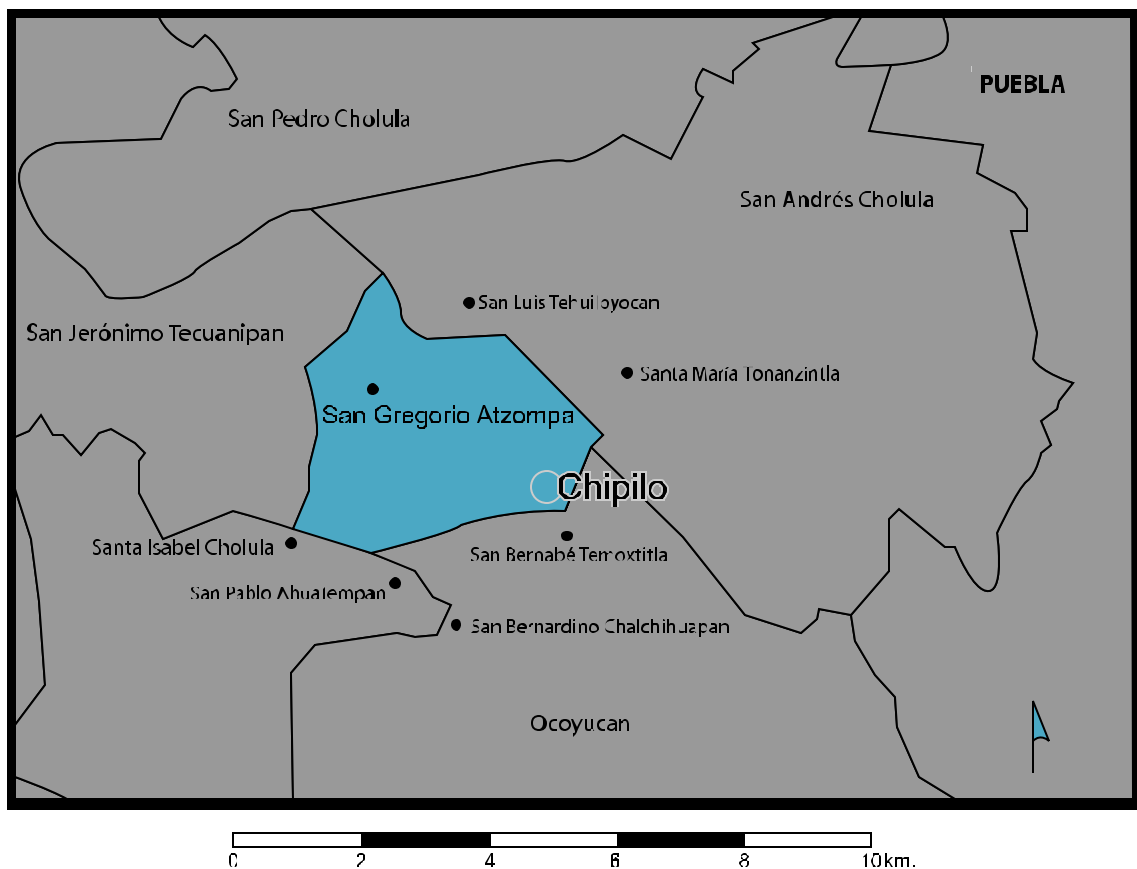


Figura 2. Ubicación de Chipilo en San Gregorio Atzompa y municipios colindantes (modificado de la página <http://www.inegi.gob.mx>, bajada el 1 de mayo de 2005).

En el transcurso de su historia, los chipileños han mantenido su propio idioma, costumbres y tradiciones (1), así como usos de la tierra distintos a sus vecinos, y se consideran a sí mismos una minoría étnica del país. Ellos relacionan históricamente su identidad con la ganadería (2), que los distingue de los pueblos agrícolas de la zona dedicados tradicionalmente al cultivo del maíz, de la flor y las verduras (3) (Bonfil 1988:62, 63). Las tierras chipilenas, de las cuales todavía más de la mitad son agrícolas (Romani 1992:21) (ver Figura 3), se han empleado, sobre todo, para la producción de forrajes para el ganado lechero estabulado, y no para la producción de granos para la subsistencia. Los chipileños se conciben a sí mismos históricamente como “ganaderos-agricultores” comprometidos con la pequeña propiedad y con el trabajo de la tierra propia parcelizada. Además, a pesar de haber iniciado su historia en México como los estandartes de los proyectos del gobierno liberal, los chipileños no conservan buenos recuerdos de su relación con éste. Según ellos, el estado no les “regaló” nada, pues les dio tierras malas y sin porvenir que ellos han tenido que hacer suyas mediante el trabajo permanente.

De esta forma, la conciencia histórica de colonización y progreso de los habitantes de Chipilo se traduce en una identidad étnica enraizada en prácticas concretas hacia la tierra, que conllevan relaciones precisas con el estado y con otros grupos coterráneos. Aunque ellos son los blancos, se consideran un arroz negro en la región, una comunidad que, a diferencia de los pueblos vecinos, ha tenido que hacer suya la tierra mediante el trabajo y sin ayuda de nadie, transformando aquellas tierras flacas que les dejó el gobierno en un ubérrimo vergel dedicado a la ganadería lechera. Las imágenes e ideas presentadas por mi amigo chipileño y otros pobladores no son neutrales y en este estudio busco ubicarlas dentro de análisis teóricos más amplios, que permitan entender la interrelación entre la etnicidad, los usos y significados de la tierra y el poder.

A lo largo de esta investigación abordaré cómo la construcción y reconstrucción de la identidad étnica por parte de los chipileños se entrelaza y materializa en las relaciones que éstos guardan con la tierra, y cómo estas relaciones implican arreglos de poder específicos con el estado. Al ver la inserción particular de inmigrantes italianos dentro de la estructura agraria en el

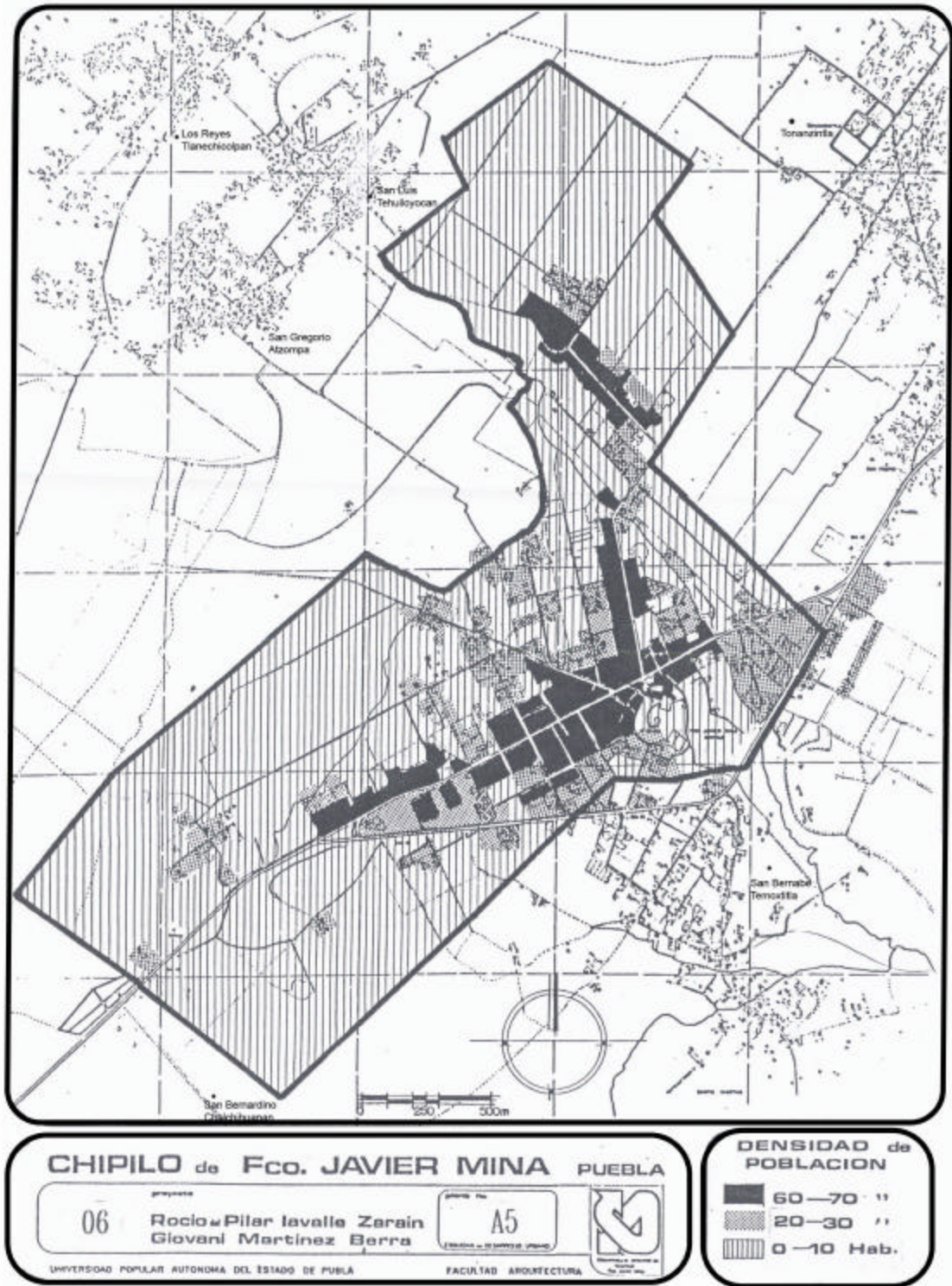


Figura 3. Densidad de población de Chipilo (cortesía de la Presidencia Auxiliar de Chipilo, 4 de marzo de 2005).

valle de Cholula, ofreceré una veta diferente para estudiar cómo se construyen identidades locales en relación y en contra del estado (Nugent y Alonso 2002:175). La identidad étnica de los chipileños, vista como una identidad política que implica relaciones particulares con el estado, los coloca en una posición estructural específica frente a éste y otros grupos rurales, en donde las prácticas diferenciadas hacia la tierra se explican en términos de la pertenencia a una cultura y raza diferente. Es decir, la etnicidad racializada se vuelve políticamente relevante para mantener una relación determinada con el estado y frente a los grupos convecinos, y la tierra se vuelve el eje sobre el cual se disputan estas relaciones.

En Chipilo la endogamia ha sido practicada sistemáticamente a lo largo de su historia y las relaciones de parentesco son muy densas y múltiples, por lo que los chipileños pueden contar a más de 200 personas entre sus parientes vivos (MacKay 1992:142). Los matrimonios con fuereños fueron mal vistos y evitados hasta tiempos muy recientes, lo que ha ocasionado una elevada consanguinidad entre los habitantes de la comunidad (Romani 1992:24). A pesar de que las prácticas endogámicas nunca fueron totales y que los matrimonios mixtos existieron desde fechas tempranas (López y Nava 1982:179), muchos de los matrimonios mixtos se establecieron fuera de la comunidad, haciendo que en Chipilo el grupo permaneciera bastante homogéneo. Hasta hoy en día, sus habitantes atesoran fuertemente su “sangre italiana y [...] rasgos europeos” (Zago 2002:3), como una nota más de distinción entre ellos y otras comunidades campesinas. A pesar de su origen humilde italiano, la minoría étnica chipileña, como población blanca del país, tiene un estatus socio-económico mayor en México que las otras comunidades que lo rodean. Y diferenciarse de los otros campesinos e indios, a los que ellos llaman “chichos”, sigue siendo de vital importancia. La blancura, como símbolo físico que naturaliza su adscripción a una clase y cultura superior distinta también se vincula a una forma específica de trabajar la tierra, y a una posición concreta frente al estado mexicano. Como lo ilustran las palabras de un cronista chipileño:

[En Chipilo] El aspecto social depende fundamentalmente del aspecto étnico. Llama poderosamente la atención de los visitantes el encontrarse con gente rubia, alta, fornida y bien alimentada, que se comunica entre sí mediante un dialecto del norte de Italia y que conservan las virtudes y defectos de los pueblos centro-europeos. [...] Entre las virtudes sobresalen: la dedicación asidua y tenaz al trabajo; la exagerada higiene doméstica y alimentaria; la honradez y lealtad (en cien años los homicidios se pueden contar con los dedos de una mano y la mayoría fueron accidentales), la elevada

integración familiar (tradicional respeto a los mayores –estricta moralidad sobre todo para las hijas- rechazo del robo por la casi totalidad, etc.); la prodigalidad altruista para toda persona necesitada, aunque sea extraña; la religión sin fanatismos, si bien bastante conservadora y tradicionalista [Zago 1982:14].

Es mediante el análisis conjunto de la formación de un estado liberal racista decimonónico y la formación de la comunidad italiana de Chipilo, que podemos entender mejor la identidad étnica y política de los chipileños y sus relaciones con otros grupos de la región. El pueblo de Chipilo, al igual que otros, es una formación histórica, en donde tanto la comunidad como el estado son al mismo tiempo formaciones materiales e ideológicas y organizaciones de poder (Nugent 1993:150). Al ver a la cultura como algo procesual, arraigado a escenarios materiales concretos dentro del estado y la dominación política (Roseberry 1996:77), pretendo problematizar la identidad étnica chipileña y la racialización de sus relaciones con los pueblos



Figura 4. Calle principal de San Gregorio Atzompa (foto de la autora, 4 de marzo de 2005).

vecinos. Por ello, considero que la identidad chipileña y las prácticas racistas actuales deben entenderse en el contexto de la formación del estado liberal mexicano en el siglo XIX, que vinculaba la blancura con la modernidad y con una forma de tenencia de la tierra y cultura superior en contraposición a la del indio, que era visto como fuente de atraso y de un pasado colonial de sumisión. Esta posición de Chipilo como estandarte de los ideales modernizadores

del estado en el campo implicó tratos políticos distintos y privilegios específicos que se tradujeron en diferencias materiales concretas.

En este sentido, el cuadro de la diferencia entre Chipilo y las comunidades colindantes sólo se completa al mencionar las diferencias físicas de la comunidad. Efectivamente, a pesar de no llegar a ser ni siquiera la cabecera municipal (ver Figura 4), esta comunidad ganadera cuenta con unos 3,000 habitantes(4) (INEGI 2000) de los 6,871 habitantes que tiene el municipio (INEGI 2005) y parece tener un mayor desarrollo material que su cabecera (ver Apéndice , Cuadro 4). Su desarrollo urbano se caracteriza por calles pavimentadas, casas amplias y con jardines, servicios de alumbrado público y electricidad, red de drenaje, bancos, oficina de hacienda,



Figura 5. Calle principal de Chipilo (foto de la autora, 4 de marzo de 2005).

gasolinera, hotel, comercios y restaurantes, servicios médicos y veterinarios, secundaria técnica y biblioteca (ver Figura 5) (Romani 1992:22; Zago 1982:12). Chipilo fue, además, la cuna del auge mueblero en Puebla en los 1990s y ha mantenido relaciones con el estado italiano, para obtener becas de estudio en Italia y para la construcción del CONALEP-Chipilo (5) en 1993, entre otros (Zago 2002:29). Las familias tienen establos equipados y hacen uso para sus labores agro-ganaderas de ordeñadoras mecánicas, maquinaria agrícola, técnicas de inseminación y selección del ganado (de vacas Holstein) y abonos químicos. Sus terrenos cuentan con sistema

de riego, y varias familias han adquirido amplias porciones de tierra en otras regiones del estado y del país (Zago 2002:29). Esto les ha permitido producir unos 120 mil litros de leche diarios y obtener una producción casera de quesos y productos lácteos que se distribuyen en Puebla y otras áreas cercanas.

Chipilo se ha desarrollado como una fuente de empleo constante para las poblaciones de los alrededores y los chipileños ocupan la mano de obra de los habitantes de los pueblos vecinos, los “chichos”, en sus establos, negocios y hogares. La mejoría en el plano material se entiende por los chipileños como consecuencia de una cultura de trabajo y uso de la tierra diferente a la de sus convecinos, y no como consecuencia de procesos históricos políticos de dominación. Ellos mantienen que su cultura blanca se basa en los ideales de la independencia, trabajo y autosuperación que los han hecho moderadores del progreso en la zona. Las comunidades vecinas, por su parte, han decidido a veces de forma realmente explícita, no venderles tierras a los chipileños (MacKay 1992:138), quienes son vistos como una fuerza opresiva análoga al estado que los puso en marcha.

De esta forma, es en el ámbito de la cultura y la etnicidad racializada que se explican y asientan las diferencias materiales del paisaje agrario regional. Las distancias culturales y étnicas quedan inscritas en un paisaje de la desigualdad, en donde la pertenencia a un grupo étnico con características raciales determinadas implica una relación específica con el estado y con los demás pobladores agrícolas de la zona, que se traducen en diferencias materiales concretas. En este estudio indagaré cómo a partir de visiones étnicas y culturales, imbuidas en ideas raciales arraigadas históricamente, se legitiman las diferencias económicas y políticas en cuanto al control de la tierra en el plano regional. Con ello pretendo contribuir a un entendimiento cualitativo de Chipilo dentro de un análisis que integre a la cultura dentro de la historia y el poder.

Con el fin de mostrar la profundidad histórica de la comunidad ofrezco un análisis de la historia agraria de Chipilo en base a documentos oficiales, cuya recuperación formó parte del proyecto Historia Agraria del Valle de Cholula, dirigido por el Dr. Roberto Shadow. Incluyo datos pertenecientes al Archivo General de Notarías de Puebla (AGNP), que muestran la adquisición y transacciones de las tierras y los patrones de herencia en la comunidad a lo largo de su primer

siglo en el país (1882-1972) (6), así como la situación agraria de Cholula a la llegada de los inmigrantes. De igual forma, presento información del Registro Agrario Nacional (RAN), para documentar los vínculos contradictorios de Chipilo y la reforma agraria ejidal. Y hago uso de datos del Archivo General de la Nación (AGN), específicamente del grupo documental de tierras, con la intención de presentar la situación de las haciendas de Chipíloc y Temanaxtla antes de la llegada de los italianos. Por otro lado, también recurrí al archivo de Francisco Bulnes del AGN para mostrar las ideas raciales operando en la formación del estado liberal decimonónico. Las realidades actuales de Chipilo sólo se pueden entender a partir de este filtro histórico. Es mediante el estudio de la historia agraria de Chipilo y su formación como parte de un proyecto liberal del estado, que podemos entender mejor las relaciones políticas que ellos guardan hoy en día con el estado mexicano.

La información se retroalimenta por medio del estudio de la memoria agraria histórica y las visiones actuales de los habitantes de Chipilo sobre la tierra y el trabajo, el estado, los pueblos circunvecinos y sobre sí mismos (7). Esto lo realicé mediante un periodo intensivo de trabajo de campo durante la primavera del 2004, y visitas más esporádicas a la comunidad a lo largo del año. En este periodo efectué visitas a la comunidad, con el fin de crear vínculos de confianza con algunos de sus habitantes y observar directamente las prácticas cotidianas y agrícolas que los distinguen. Asimismo, llevé a cabo entrevistas abiertas y grabadas a miembros de diferentes ramas familiares, tratando de recuperar su profundidad genealógica y mostrar las acciones realizadas por dichas familias en torno al manejo y control de la tierra en varias generaciones. A partir de allí muestro cómo los hombres y mujeres chipileños se vinculan a la tierra y cómo conceptualizan su relación con ella, teniendo en cuenta en todo momento que la información histórica obtenida no es una presentación transparente de los datos, y que las formas de construir el pasado no son neutrales de ninguna manera. Por ello, la información se encuentra también enmarcada dentro de un análisis teórico-bibliográfico, que permita contextualizar las particularidades de Chipilo dentro de los campos del conocimiento antropológico.

Los trabajos de investigación acerca de los procesos históricos, sociales, económicos y políticos vividos en Chipilo siguen siendo reducidos. Existen estudios históricos sobre los procesos de inmigración en México (e.g., Cortés 1979; González-Navarro 1993a, 1993b; Martínez y Reynoso 1993; Olveda 1990), en los cuales se presenta la historia de los inmigrantes del país de forma muy general. En sus textos, Moisés González-Navarro (8) (1993a, 1993b) realiza un copioso estudio histórico documental en el que recupera las visiones y acciones políticas que guiaron a la inmigración y emigración en el país, así como las semejanzas y diferencias de los extranjeros en México, desde la independencia hasta el siglo XX. Como parte de un libro editado por Guillermo Bonfil, Luz María Martínez Montiel y Araceli Reynoso Medina (1994) escribieron también un artículo sobre la inmigración europea y asiática al país durante los siglos XIX y XX. Este escrito menciona la formación de la colonia italiana de Chipilo, al retomar los datos de la tesis sobre la comunidad realizada por López y Nava (1982). Los trabajos de José Benigno Zilli (1986, 1989, 2002) son más específicos, pues recuperan únicamente los documentos históricos oficiales referentes a la migración italiana en México. Mientras que Franco Savarino (2002) habla sobre el movimiento fascista entre los inmigrantes italianos en México, haciendo mención especial de Chipilo.

En cuanto a los estudios realizados específicamente sobre la comunidad, se encuentra en primer lugar la tesis de licenciatura presentada por Amapola Blanco Fenochio (1971), que es sobre todo una recopilación oral de la historia de Chipilo. Con una visión a menudo de corte evolucionista, la autora (Blanco 1971:3) habla de diferentes “civilizaciones” con diferentes visiones del mundo y de la constante tendencia hacia el “progreso” de los grupos o comunidades. A lo largo del texto, Blanco Fenochio (1971) ve a Chipilo como un promotor del progreso en el campo mexicano, aunque reconoce los problemas interraciales que ocurren entre Chipilo y los pueblos vecinos. Otros trabajos regionales, como el de Lilia González García (1972:148), también enfatizan cómo la presencia de una “cultura occidental más avanzada” fue clave para el crecimiento socio-económico de la región. El trabajo de Beatriz López y Nava (1982), acopia los registros oficiales sobre la historia migratoria de Chipilo, y algunas visiones de

los propios chipileños sobre su pasado, pero sin adentrarse en un análisis teórico o crítico de dicha información.

Sin embargo, la mayoría de los estudios sobre Chipilo siguen siendo de enfoque lingüístico (e.g., MacKay 1983, 1992; Meo-Zilio 1987; Romani 1992; Wössner 1999). En este sentido, los trabajos de MacKay (1992) enfatizan las relaciones entre la etnicidad y el uso del lenguaje, así como los vínculos entre el mantenimiento idiomático, el estatus y el prestigio en Chipilo (MacKay 1992:138). Haciendo mención de los antecedentes históricos de la comunidad, MacKay (1992:141) entiende al lenguaje y la apariencia física como los principales marcadores de la identidad étnica de los chipileños. Asimismo, el estudio de Romani (1992) se enfoca en el bilingüismo y la conservación del idioma inmigrante en Chipilo, tratando de definir las razones de la conservación del véneto entre los descendientes italianos en las circunstancias actuales de la comunidad. La autora (Romani 1992:5-34) ofrece una descripción y recorrido histórico por la comunidad, mostrando su peculiaridad como único caso entre las ex colonias italianas en México que ha conservado tradiciones culturales e idiomáticas y un sentimiento de identidad étnica propia. Por su parte, el texto alemán de Wössner (1999) se concentra en la relación de contacto entre el español y el véneto. Por medio de un cuestionario ella levantó información lingüística y sociolingüística de campo, con el fin de presentar los factores lingüísticos y extralingüísticos (edad, identidad étnica, ocupación) del contacto idiomático y sus resultados en el comportamiento lingüístico de los hablantes. Dentro de su análisis, la autora (Wössner 1999:48) habla de la importancia de la diferenciación étnica de los chipileños por medio del idioma, como un medio para obtener beneficios político-económicos.

A raíz de su primer centenario en México y con el apoyo de la comunidad de Segusino, apareció en 1983 la primera obra de investigación lingüística-antropológica sobre Chipilo y sus habitantes (Sator y Ursini 1983). El libro, escrito en italiano, se compone de dos partes. La primera de ellas, escrita por Mario Sator, expone el panorama histórico y social de la emigración, la región de origen de los emigrantes y la situación socioeconómica del pueblo hasta 1982. La segunda parte de Ursini se ocupa de la lengua de Chipilo. Igualmente debido al centenario de Chipilo, surgió un pequeño estudio del chipileño Agustín Zago Bronca (1982), que sería después

ampliado por dos textos subsecuentes (Zago 1999, 2002). Estos textos (Zago 1982, 1999, 2002), al igual que el de Montagner Anguiano (2003) representan los intentos de los propios pobladores por recopilar y legitimar su historia en el valle de Cholula. Agustín Zago (1982, 1999) analiza los documentos históricos de de la colonia italiana y recupera las visiones actuales de los chipileños sobre sí mismos, reivindicando su rol civilizador dentro de la nación mexicana. Estos textos serán críticamente analizados a lo largo de la presente investigación, tratando de encuadrarlos dentro contextos marcados por intereses politizados. El estudio que yo presento proporcionará nuevos documentos históricos para el análisis de la comunidad, que serán examinados a partir de una mirada antropológica en la que se vislumbre cómo los usos y visiones de la tierra, así como la adscripción a una etnicidad específica tienen implicaciones concretas en cuanto a la posición de la comunidad frente al estado y frente a otros grupos rurales.

La información que presento se encuentra organizada de la siguiente manera. En el primer capítulo, que corresponde al marco teórico, abordo la relación entre cultura, historia y poder, entendiendo a la etnicidad como algo dinámico, que ocurre en contextos de desigualdad estructurada en el estado. En este sentido, teorizo a la tierra como un punto clave en la construcción de las identidades políticamente relevantes en el ámbito rural, que permiten mantener una posición y relación concreta con el estado. Presento también información teórica que permita ubicar a Chipilo dentro de los estudios rurales en el campo mexicano y termino con una discusión sobre la importancia de incluir nociones de racismo y desigualdad de género en el estudio de las comunidades rurales.

El segundo capítulo es un examen teórico- antropológico sobre el México liberal del siglo XIX. En él abordo la relación entre la formación del estado racista y liberal decimonónico y la formación de la comunidad de Chipilo. La formación del estado liberal necesitaba de un nuevo actor social para el campo mexicano y este sería el rancharo e inmigrante blanco en contraposición al indio. Por ello, presento la entrada de Chipilo al panorama agrario mexicano como parte de un proyecto civilizador y modernizador del estado, por medio del cual ellos ocuparon una posición político-estructural específica frente a éste. De igual manera, expongo cómo estos imaginarios en torno a los nuevos actores del agro sirvieron como guías ideológicas

para llevar a cabo prácticas políticas hacia la tierra. Por último doy un panorama histórico sobre la situación de la tierra en Puebla antes de la llegada de los italianos, con el fin de entender el contexto agrario en el cual se insertó Chipilo.

La historia del desarrollo histórico de la comunidad y sus vínculos con el estado son presentados en el capítulo tres. En él relato la formación de la colonia Fernández Leal, su transformación en el pueblo independiente Francisco Javier Mina y las ideas de trabajo y progreso que marcan las memorias de apropiación de las tierras por parte de los chipileños.

El capítulo cuarto aborda las formas en que los chipileños conciben su identidad en relación a la tierra que trabajan y la forma en que se sitúan frente al estado mexicano. Abordo las ideas de los chipileños en torno al ejido y a la propiedad privada, mostrando cómo la preferencia y adscripción a un tipo de tenencia de la tierra tiene implicaciones en cuanto a un tipo de relación con el estado posrevolucionario.

El capítulo cinco habla sobre las relaciones desiguales entre los chipileños y los pueblos vecinos, imbuidas en imaginarios esencialistas de raza y etnicidad. Chipilo es una comunidad compleja, diferenciada en su interior y compuesta por gente con múltiples agendas e historias personales. Por ello, mi intención al hablar del racismo en Chipilo no es generar una visión oscurecedora y reduccionista de la comunidad, sino más bien tratar de esclarecer los aparatos naturalizados de la desigualdad y la dominación que se dan en México. La racialización cultural existe más allá de Chipilo y está presente en la cotidianidad de la vida de muchos mexicanos. Por otro lado, en dicho capítulo hablo de las nuevas relaciones de Chipilo con el estado mexicano en el contexto de la urbanización de Puebla. Dentro de complejos procesos de cambio, los chipileños negocian nuevamente a partir de ciertas categorías identitarias su posición y privilegios frente al estado.